

## AQUEL MONUMENTO

Me temo que cuando se lea lo que sigue, se pensará los muchos años que tengo y no es para tanto. Es verdad que voy a referirme a una época pasada y que parece muy lejos en el tiempo, pero es que la transformación que produjo nuestra Guerra Civil, con sus horrores y desastres es tal, que parece que nos referimos a otra tierra, a otro ambiente, a otro templo.

Voy a referirme al montaje del Monumento para la exposición del Santísimo Sacramento durante la Semana Santa en el templo de San Pedro Apóstol y para la comprensión de ello, habré de añadir los detalles suficientes para ambientar lo que describo. Es que no había otro recinto, como ahora sucede con la capilla de la Santísima Trinidad, sino que se montaba en la cabecera del templo, llenándolo por completo.

Para empezar, hay que advertir que este ámbito estaba ocupado con un retablo de estilo gótico de transición, muy recargados, con adornos de columnas salomónicas muy gruesas, rodeadas de sarmientos, hojas y uvas, dorados, con varias repisas. En la base, o sea en la repisa de abajo, muy sólida y resistente suficientemente para soportar el peso de cualquiera que necesitara operar en ella. Y presidiendo este rellano estaban las imágenes de San Benito de Nursia y S. Bernardo de Claraval, de más de dos metros de altura, impresionantes. Ocupaba y rodeaba todo el espacio. El Altar Mayor estaba adosado a la pared frontal y la Misa se celebraba de espaldas a los fieles, como antes era la costumbre. El piso, de baldosas de cerámica basta de nuestra artesanía local, estaba limitado por una barandilla de hierro, con una escalinata en el centro para ascender desde el templo. No había puertas de comunicación con la Sacristía actual, que es posterior.

Todo quedaba oculto por el Monumento, hasta la leyenda que decía: «Dorado a devoción de doña Mariquita Moro». Colgado sobre ello, suspendi-

do por una gruesa cuerda de la que pendía una corona de metro y medio y de ella un manto «real» (eso se decía) de color originariamente blanco, con motas negras semeando colas de armiño. Para que resultara abierto y extendido, se le ataba a las repisas laterales. Entre este ropaje, se montaba una empinada escalinata y sobre ello un rellano en la que se instalaba el Expositor para el Sacramento durante esos días. Para elevar todo, se necesitaban las fuerzas de más de cuatro hombres jóvenes y se suspendía de una tremenda viga de pino que supongo estará aún sosteniendo el tejado.

Tantos trastos y ropajes ocupaban mucho espacio y se guardaban en el espacio que resultaba bajo el coro. Este estaba en el mismo lugar que ahora, pero a un metro del suelo. Estaba cerrado por una verja de madera torneada como los de las catedrales y tenía también una sillería y hasta un facistol en el centro. No creo que las maderas fueran de las más valiosas, pero el conjunto era hermosos y de mérito indudable. Bajo este coro, en un semisótano, se guardaba todo lo que no era de uso muy asiduo. También se había utilizado esto como lugar de enterramientos pues había nichos con restos humanos que se veían, pues se había hundido alguna tapa. Y se pasaba hasta allí por un oscuro y polvoriento pasillo que valía también para llegarse a las cuerdas de las campanas.

Las piezas del Monumento estaban tan viejas, tan descoloridas, tenían tantos rasgones, que esperaban la decisión de algún párroco valiente que las jubilara, pero no hubo necesidad pues todo fue brutalmente destruido. Nada queda de los retablos, imágenes, carrozas, piezas, ropas, candelabros, campanas.... sólo el edificio quedó porque no ardía. Y terminó siendo granero o garaje, ¿a qué parece que hablo de otro templo, de otras gentes?.

*Galo Martín-Gil Utrilla*